

8
MORTON D. DAVIS
Teoría del juego.

16
D. J. WHITE
Teoría de la decisión.

29
JAGJIT SINGH
Ideas fundamentales de la
teoría de la información,
del lenguaje y de la
cibernética.

38-39
MARX W. WARTOFSKY
Introducción a la filosofía
de la ciencia, I y II.

41
LANCELOT L. WHYTE
ALBERT G. WILSON
DONNA WILSON
Las estructuras
jerárquicas.

43
W. V. QUINE
Filosofía de la lógica.

45
JEAN PIAGET
PAUL F. LAZARSFELD
W. J. M. MACKENZIE
Y OTROS
Tendencias de la
investigación en las
ciencias sociales.

47
CARL G. HEMPEL
Filosofía de
la ciencia natural.

50
LUDWIG WITTEGENSTEIN
Tractatus
Logico-Philosophicus.

ALIANZA
EDITORIAL

LLEGAN LOS FESTIVALES IMPOSIBLES

A partir del próximo mes de septiembre comienzan a celebrarse en España los inevitables festivales de cine. Serán cuatro meses que muchos críticos y comentaristas vivirán convulsionados, en obligados viajes en busca de la información directa.

Al margen de los de Valladolid, Molins de Rey y Granollers, ya celebrados, aún quedan por festejarse los de San Sebastián, Barcelona, Benalmádena, Bilbao, Gijón y Sitges. Deducirá rápidamente el lector que son muchos festivales para un país que no se ha hecho famoso precisamente por el alto nivel de su cinematografía. Un país que, por otra parte, ni realiza un cine que sea importante ni da cabida en sus canales de exhibición al cine de interés que pueda hacerse en otros países. Y que, sin embargo, celebra con entusiasmo estas múltiples reuniones anuales, con la convicción de que son los suyos unos festivales «a la hora del mundo», que nada tienen que envidiar a otros, igualmente «Internacionales», y que son un claro exponente del alto nivel cultural (en materia cinematográfica) del público español.

Pero vayamos por partes. Y antes de tratar de analizar algunas de las características propias de los festivales españoles será conveniente recordar algunas de las que hacen al nuestro un tanto único en Europa. Hay al menos cinco constantes en la exhibición normal española de todos los días y de todas las estaciones.

1.ª Una grave censura, que impide la presentación en España de numerosos films, extranjeros y nacionales.

2.ª Importaciones de films extranjeros, limitadas a compañías afincadas en España, de las que una gran parte resultan ser firmas norteamericanas.

3.ª Dentro de las limitaciones anteriores, una exhibición masiva de títulos «fáciles», o, cuanto menos, la inexistencia de una exhibición continuada de películas de experimentación, aun dentro de la fórmula de «salas especiales».

4.ª Según la cuota del 4 x 1 (obligación de proyectar una película española por cada cuatro extranjeras), exhibición de títulos extranjeros en mayor porcentaje que los españoles, que quedan, de esta manera, obligados a una competencia desleal, cuando no relegados a un servicio de relleno entre títulos norteamericanos.

5.ª Carácter anticuado de la mentalidad de distribuidores y ex-



«Privilege», de Peter Watkins, la película ganadora en un festival internacional de Valladolid, y más tarde prohibida para el resto de los españoles.

hibidores, que conciben sus importaciones y los lanzamientos publicitarios en función de un «statu quo» mental del espectador, estancado desde hace años. En suma, imposibilidad de hacer evolucionar al público y falta de compenetración entre los profesionales del cine y sus espectadores.

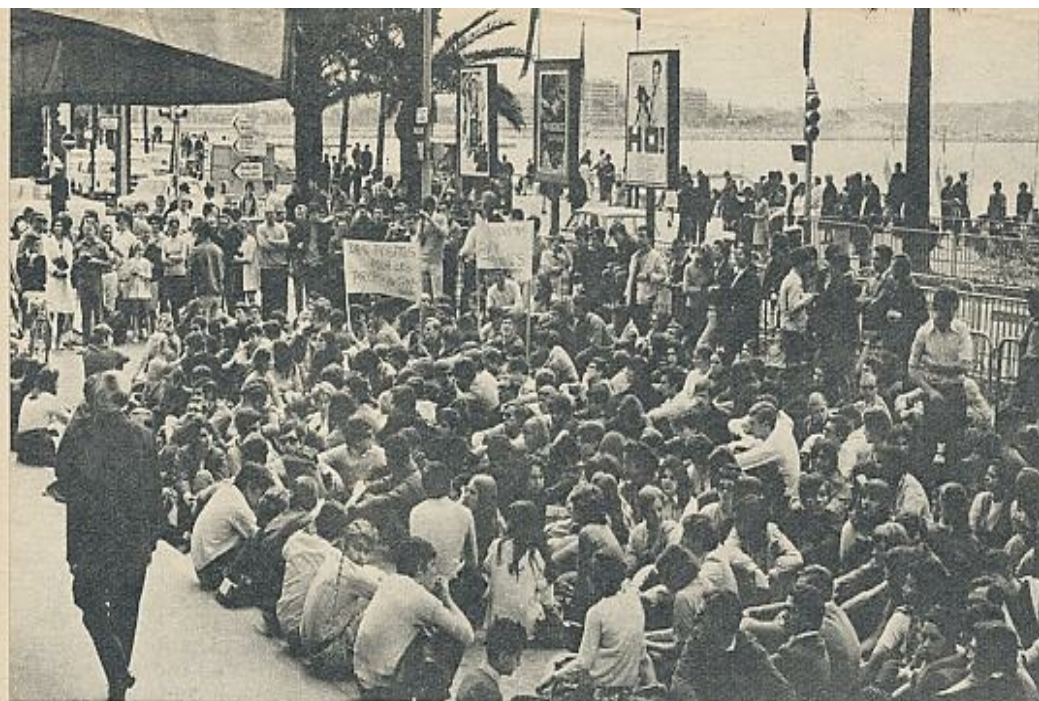
Cinco constantes que, con no ser las únicas, ni quizá las más significativas, han determinado en nuestro país una cinematografía pobre, anticuada y falta de conexión con la realidad palpitante del país. Y al hablar de nuestra cinematografía es conveniente no considerar sólo las películas producidas entre nosotros, sino todos los títulos que por ser proyectados aquí entran a formar parte de nuestro bagaje cultural.

¿QUE ES, PUES, UN FESTIVAL?

Dentro de esta pobreza general de nuestro cine se celebran los festivales. Por los lugares donde éstos se han afincado el lector sacará la conclusión de que existen grandes zonas del país que no han merecido el trato de favor de esta culturización otoñal y precipitada. Y si a ello se añade el hecho de

que la mayor parte de estos festivales han adquirido una «especialización» —cine para niños, cine de terror, cine en color, cortometrajes, cine de autor...—, podrá deducir, igualmente, que la celebración de un festival no es un hecho cultural destinado a favorecer la expansión cinematográfica de una zona, sino un punto de reunión de supuestos especialistas, que se informen y discutan el temario de cada festival y tomen, en consecuencia, decisiones de interés.

Sin embargo, incluso a pesar de esa limitación, los festivales no suponen un lugar de estudio y trabajo que pueda llegar a trascender posteriormente en la vida cinematográfica nacional. Casos como los de Gijón o Bilbao («cine para niños» y «cortometrajes», respectivamente) son totalmente inútiles a la hora de resolver los problemas que esas cinematografías tienen entre nosotros. Ni el festival de Gijón se ha planteado jamás sus posibilidades para extender el campo de acción del cine infantil a escala nacional —producción, exhibición y distribución de películas para niños en salas especiales o en colegios— ni el de Bilbao ha pensado nunca que su trabajo pueda servir para, cuanto menos, denunciar la penuria de nuestros



Sentada de protesta durante la celebración de un festival de Cannes. ¿Podría concebirse, aunque fuera a otra escala, una expresión crítica semejante en un festival español?

cortometrajes, la injusticia de un No-Do obligatorio y discriminatorio, el incumplimiento de la ley, aún vigente, que obliga a todos los cines a proyectar en sus sesiones un cortometraje y cosas por el estilo.

Los festivales, celebrados en cada ciudad bajo el patrocinio de las «fuerzas vivas», y con subvenciones económicas del Ministerio de Información y Turismo y Ayuntamientos locales, suelen mostrar, antes que problemas y discusiones, banderitas, flores y cenas pantagruélicas con platos regionales, que hagan recordar a los ilustres visitantes las delicias de la comarca. Se trata, en la mayoría de los casos, de promociones turísticas que toman al cine por referencia, como podrían hacerlo del problema del cangrejo en el Oriente Medio.

Por otra parte, algunos de estos festivales —Benalmádena, por ejemplo— no pesan en absoluto en la vida de la ciudad. Los protagonistas de la fiesta son visitantes exteriores o privilegiados indígenas. Ni la promoción, ni los precios, ni el fin del festejo llegan a interesar a la mayor parte de los habitantes del lugar. En esto, naturalmente, hay grandes excepciones —Valladolid y San Sebastián, por ejemplo—. Excepciones que vienen representadas por la obligatoriedad del «smoking» en las sesiones (en Valladolid, aun cuando sólo es obligado el día de clausura, se ven «smokeados» durante toda la semana) o en las cenas de rigor. Pero los habitantes del lugar rara vez tienen opción a participar en conferencias, reuniones o manifestaciones parecidas. Sin olvidar que la mentalidad reinante entre los indígenas suele ser la de colaborar por encima de todo a la brillantez de la fiesta. Mentalidad que en ocasiones ha creado situaciones violentas, cuando, por ejemplo, algunos visitantes han protestado por una mala proyección o una mutilación de censura; los indígenas, olvidados totalmente del fin último del festejo, prorrumpen en insultos, denunciando

la ordinariéz de los invitados, quienes, amén de comerse gratuitamente lo que les echen, no respetan nada.

Más arriba señalo algunas de las constantes de la exhibición normal de cada ciudad y de cada año. El festival español, en líneas generales, continúa esas constantes en la medida en que el régimen de censura sigue siendo rígido, y por cuanto los proveedores de películas suelen ser en su mayor parte las compañías extranjeras afincadas en España, que se ven favorecidas, al presentar una película en un festival nacional, con diversas ventajas. Entre ellas se cuenta con la de no pagar el canon de doblaje —un millón de pesetas—, obligatorio para todas las películas extranjeras que no sean de «salas especiales», y contar además con que la película presentada no entra dentro del cupo previsto para el año. (Cada distribuidora no puede superar una determinada cantidad de películas de importación. Las presentadas en festivales no entran dentro de esa cantidad.)

Evidentemente, y como continuación de las constantes cotidianas

de nuestro cine, las películas presentadas no están en la línea de una política inquieta, sino que responden al espíritu acomodaticio que caracteriza nuestra exhibición.

Pero, por encima de estas consideraciones, la inutilidad de la gestión de los festivales cinematográficos españoles estriba en que aun cuando existan determinados aciertos éstos no guardan una continuidad dentro del panorama real de nuestro cine. Así, por ejemplo, aun cuando la censura (que sabe tener en cuenta que a los festivales acuden algunos periodistas extranjeros) permite la presentación de algunas películas inconcebibles en un cine de barrio, o autoriza escenas «difíciles» (¡por favor, todo menos que se diga de nosotros que somos «estrechos»!), estas decisiones no son válidas para el resto de los españoles. Hace unos años, en el festival de Valladolid se otorgaba el primer premio a «Privilege», de Peter Watkins, por sus valores humanos y religiosos... y se prohibía luego su exhibición para el resto del territorio nacional. O se autorizaba la proyección de «La vía láctea», de Buñuel, a

Mesa de trabajo en Molins de Rey. Más tarde serían suprimidas...



condición de que no recibiera premio alguno ni pudiese luego mostrarse al gran público.

¿PARA QUE SIRVE, PUES, UN FESTIVAL?

Algunos delegados de festivales españoles trataban de componer este año durante la celebración del Festival de Cannes la lista de los títulos que allí se mostraban, y que acaso podrían proyectarse luego en sus festivales. Realmente su trabajo no es fácil. La mayor parte de las películas presentadas en Cannes no hubiesen sido autorizadas por la censura española. Y aun en el caso de que ésta no condicionase tal selección, las productoras de las películas elegidas no encontrarían razones suficientes para enviar sus productos a nuestro país. Casos como el ya mencionado de «Privilege» (que volvió a repetirse en San Sebastián con «Onda di calore», de Nelo Risi) son claros exponentes que pueden ayudar a comprender la falta de entusiasmo de los productores extranjeros, que no tienen todavía asegurada la distribución de sus películas en España por medio de sus sucursales.

Por otra parte, al no ser los festivales españoles grandes propulsores internacionales del cine que muestran, el interés de enviar una película queda reducido a escala española, que, como se ha apuntado más arriba, «lanzarla» la película en función del consumo más inmediato y simple.

Un festival, pues, cuya misión principal, como también se ha apuntado, estriba en la promoción turística de la zona; que no tiene grandes facilidades para la exhibición de las películas que se realizan en el mundo; que no sirve para el fomento de una determinada política cinematográfica en nuestro país; que al no ser más que plataforma para discursos triunfalistas y repetitivos; que no sirve de promoción, a escala popular, de sus posibilidades culturales; que está supeditada en muchos aspectos a las distribuidoras radicadas en España; que responde, en términos generales, a un criterio no variable (desde hace muchos años) de lo que es el cine; que trata de evitar el «escándalo» en beneficio del esplendor festivo; que quiere imitar superficialmente a otros festivales extranjeros, como el de Cannes, que responden a características imposibles de concebir hoy por hoy en España; que no es, en definitiva, más que espejo de las limitaciones y contradicciones de lo que, también en el campo de la cinematografía, ocurre en nuestro país, no puede ser, de no cambiar las estructuras que rigen la creación cinematográfica española, más que síntoma de enfermedades más graves.

El triunfalismo, las bombillitas multicolores y las galas de turno son los pobres disfraces del pueblo de «Bienvenido Mr. Marshall». Los de una ciudad o un pueblo que se divierte con fingir lo que no es, para sentirse más al día. Y que, sin saberlo, construye su propia caricatura. ■ DIEGO GALAN.